

SABINE DRYSDALE

LA VIDA
PRIVADA
DE LOS
HOMBRES

(UNA INVESTIGACIÓN PERSONAL)

PAIDÓS

Dudas iniciales

¿Por qué a las mujeres nos atraen los hombres? A mí en lo personal me gustan mucho. ¿Será evolutivo?, ¿porque los necesito para reproducirme?, ¿por el ardor de las hormonas que aún me habitan?, ¿una obligación cultural? o ¿la reacción a una madre con la siquis quebrada y un padre que me adoraba y protegía?

Me han dicho que soy hombrista, que no es lo mismo que machista.

Me interesan atormentados, con quiebres, fisuras, zonas de deliciosa debilidad por donde uno, si tiene suerte —o es lo suficientemente zorra— puede filtrarse y nadar en las huidizas profundidades de sus cabezas turbadas.

—No pierdas el tiempo, no vas a encontrar nada —me dijo Jorge, mi mejor amigo, cuando le conté que pretendía investigar a fondo su género—. Somos mucho más básicos de lo que crees.

Pero yo conozco sus intimidades y miserias desde que tengo catorce años, cuando nos conocimos, con Jorge, un verano en la playa y pasamos de un escarceo adolescente a una amistad indestructible.

Básicos, simples, llanos, uniformes.

¿Elementales?

No creo.

Los últimos tres años los he dedicado, de forma obsesiva, a escudriñar el mundo masculino, a escribir este texto. No sé si definirlo como una crónica, una investigación periodística, un ensayo personal —salpicado de textos literarios y teóricos que he robado de autores imprescindibles— o una mezcla de todas las variantes de la no ficción. Un collage que me ha resultado fascinante armar. Han sido lecturas iluminadoras y decenas de entrevistas, conversaciones con médicos, siquiátras, sicoanalistas, científicos, poetas, ingenieros, artistas, escritores, en fin, con hombres y mujeres, amigos íntimos o desconocidos que me han abierto su intimidad, que

han compartido conmigo esta cosa tan extraña que resulta ser un hombre.

¿De qué están hechos?

¿Qué miran cuando se ven en el espejo?

Cada mañana observo el mismo ritual. El agua que corre por el lavatorio hasta que libera el vapor que le abre los poros, que nubla el espejo donde ha tenido clavada la mirada durante largos segundos de vanidad desatada.

Y entonces Pablo, mi marido, se toca los pelos de la barba, examina su textura, esparce la espuma y se oye el sonido seco y crujiente del raspe.

—¿Te gusta afeitarte? —lo interrumpí una vez.

—No, me carga —respondió sin despegar los ojos del espejo, deslizando suavemente la hoja por su cuello estirado. Luego, un chorro de colonia directo en la piel rasurada y un beso en mis labios.

Veinte años observándolo, sé que lo que mira en el reflejo no son solo esos pelos anárquicos que crecen como cardos en la tierra seca. Hay algo más cuando se abandona al ritual higiénico. Una playa privada a la que no estoy invitada. No sé qué esconde en sus silencios ni en esos síes complacientes. Siento un deseo violento por saber qué tiene bajo la armadura, qué esconde tras esa seguridad enhiesta. ¿Será ilusoria?

¿Pensarán con el pene?

Habrán que averiguarlo.

Isabel Allende escribió el siguiente consejo para las lectoras de su columna “Civilice a su hombre”, de revista *Paula*, a comienzos del año 1973: “Para que a su troglodita le crezcan las pestañas, póngale todas las noches vaselina en los párpados. Si tiene paciencia, poco a poco le crecerán como un frondoso montón de pasto, de manera que no verá más allá de las narices. Eso tiene la ventaja de que no verá a las demás mujeres y no se dará cuenta cuando usted le sirva una mosca en la taza del desayuno”.

“Una mosca en la taza del desayuno”. La frase me deriva a esas mujeres que hablan de sus parejas como si fueran seres

inentendibles y simplones. Ojalá desaparecieran temprano en la mañana o existiese una puerta secreta para escaparse de esos más caseros y controladores. He sabido de algunas que usan condones por razones de higiene. ¿Puede existir el asco con la persona que uno eligió, básicamente, para intercambiar fluidos? O, para ser más romántica, y parafraseando a Nabokov, ¿para aquello que sucede cuando lo espiritual y lo físico se funden con total perfección?

Pero acierta Allende con el bosque de pestañas.

Me confiesa un amigo muy casado que se puede mirar mujeres y al mismo tiempo no ver al ser humano: “Uno se acostumbra, pero igual tu animal te llora. Es un fracaso permanente. Estoy controlado, reprimido, pero estoy deshecho por dentro”.

cómo se puede ser tan esclavo
de una mujer
de un culo
de un par de tetas

pero
se puede

y es
casi lo único
que se puede

“El esclavo”, Claudio Bertoni

¿Son frágiles los hombres?

“Soy una masa de sustancia irritable. No tengo piel (salvo para las caricias)”, confesó Sigmund Freud, el fundador del psicoanálisis.

¿Cómo sufren los hombres?

“Riendo, escondiendo las lágrimas de mis ojos, porque los chicos no lloran”, canta The Cure en “Boys Don’t Cry”.

—¿De qué sufren los hombres? —hice esa pregunta en voz alta en un almuerzo de mujeres. Se había desatado la cuarta ola feminista y empezaba a fermentar el movimiento *#MeToo*. Nos juntamos un sábado en una tácita celebración del momento histórico. Había casadas, solteras, divorciadas, con y sin hijos, dedicadas a la moda, la medicina, las humanidades, la empresa y el periodismo.

La primera respuesta que recibí destiló bilis:

—¿De qué sufren los hombres? ¡Por favor!

—Pareciera que nacen con un pecado original, una mancha, algo por lo que tuvieran que disculparse de antemano —continué.

—Por supuesto que sí —dijo otra, confirmando la tesis con gusto.

Hombres en calidad de ratas.

Todos en general, ninguno en particular.

Tuve que disimular mi incomodidad. ¿Se habrán preguntado ellas por qué se suicidan muchísimos más hombres que mujeres?

En Chile el ochenta y tres por ciento. Cinco al día.

Anthony Bourdain con la polera de los Sex Pistols y el cuchillo tatuado en el brazo, el arma con que troceaba tendones, cercenaba músculos de vaca, con que podía defenderse en las calles más peligrosas de Nueva York, en esas madrugadas azuladas después de quedar deshecho en la cocina caliente, se suicidó. Disciplinado luchador de Jiu Jitsu, con su cuerpo comprimido, calugueado, el pelo corto, deliciosamente gris, rudo, insolente, dueño de ese inquietante arrojo culinario, una boca procaz que se tragaba crudo el corazón recién sacado de una cobra viva o el recto pringoso de un facóquero, se suicidó. Se colgó en la pieza de un hotel.

Me sigo preguntando:

¿Existe el macho?

¿*Boys don't cry*?

Y entonces:

¿Por qué pintarse las caras y vestirse con camuflaje?

“Porque la guerra le calza a la masculinidad como un guante”, dice el artista inglés Grayson Perry.

Noventa y dos por ciento de los presos chilenos son hombres.

Noventa y tres por ciento de las armas legalmente inscritas en Chile pertenecen a hombres.

La violencia machista tiene su expresión más brutal puertas adentro. En un solo año ciento sesenta y tres hombres intentaron asesinar a las mujeres que eligieron para compartir sus vidas. Cuarenta y dos tuvieron éxito. Cuarenta y dos femicidios consumados. De las secuelas de las sobrevivientes no hay estadísticas, solo el horror de las palabras: ciega-apuñalada-tetrapléjica.

Los neonazis, supremacistas blancos, lobos solitarios, yijadistas y violadores son hombres.

¿Seres cavernarios?

¿O tipos emasculados?

Le pregunté una vez a la alcaide de una cárcel si le daba miedo trabajar rodeada de delincuentes. Y no, a los que les teme son a los que se le cruzan en la calle, la rozan en el metro. En cada hombre libre, la posibilidad de una bestia.

El poeta latino Ovidio, en su manual de seducción para hombres, *El arte de amar*, dice: “Si quieres ser amado, sé amable; la belleza del rostro ni la apostura arrogante bastan para asegurar el triunfo”.

Interpreto: doma al animal que llevas dentro. La dulzura siempre trae dividendos.

En mi caso particular, la bestia domada por la lisura fui yo. Pablo fue bautizado como “caramelo” por mis amigos.

¿Ser hombre es vencer el temor a no serlo?

—Ser hombre significa no preguntarte por tu identidad sexual. Ser hombre es ejercer esa identidad sexual. Las feministas quieren que nos cuestionemos eso —me dice un alfasensible chileno, atemorizado por el desembarco de esta nueva camada de “hombres deconstruidos” que van a terapias de grupo para matar al macho tóxico que llevan dentro, adiestrados bajo la teoría feminista.

El feminismo ha castrado al hombre norteamericano, dejándolo con problemas físicos que solo el descubrimiento del viagra vino a aliviar, aseguró el fundador de la revista *Penthouse*, Bob Guccione.

Donde algunas ven liberación, otros se sienten extirpados.

Son tiempos difíciles para ser hombre.

Y muy raros para el amor.

Picos por todas partes

Dicen que el hombre puede sostener su masculinidad en una sola mano. Acunarla, protegerla, acariciarla.

Pene (s.) del latín *penis* que significa cola o rabo. Pinin en mapudungun. Pico le dice la mayoría de los chilenos, me incluyo.

Palo, polla, pija, poronga, verga, pichula, guasca. Ñafle. Pito, penca, tula, chota, canelón, garcha, pirulín. Manguaco.

Una definición. Un lugar en el mundo. Una idea. Un pistón.

Hay quienes lo sientan en la cabecera y lo bautizan con nombres propios. Otros, delirando ternura, le llaman “el niño”, mientras que “chupa la guagua” sirve para mandar al carajo.

El primitivismo y su cerebro rupestre lo asocia a imágenes: chino tuerto, cabeza de bombero, puro de carne, anaconda, dedo sin uña, la que cuelga. Para más ahondamiento, en una escena de la película *Las tres coronas del marinero*, de Raúl Ruiz, lo nombran de cien maneras distintas.

Frente a mí tengo a un urólogo. Estamos sentados en el café de una clínica privada del barrio alto de Santiago, que bien podría pasar por un *mall* de tiendas de lujo, porque no huele a hospital y los mármoles cubren las paredes de suelo a cielo. El doctor tampoco parece doctor, anda de civil. Debe rondar los cincuenta. Usa la barba bien recortada. Se adivina deportista y es simpático. Supongo que todos los urólogos los son, incluso divertidos, si no ¿cómo romper el hielo, sosegar el pánico y lograr que los machos pudibundos se bajen los calzoncillos para ser palpados por manos varoniles o, si han transitado los cincuenta, cedan la musculatura al inquietante tacto rectal? Casi todos los urólogos son hombres.

—Me disculpa, doctor, pero ¿qué es el pene?

El urólogo, que se llama Sergio, se ríe.

—Qué pregunta más entretenida —dice.

Y cuando estoy lista para escuchar una pormenorizada narración anatómica, suspira.

—El pene es el órgano masculino más importante. Debiera ser el segundo después del cerebro, pero no lo es.

¿El Órgano Capital sería el mismo que Simone de Beauvoir llamó “ese frágil tallo de carne” en *El segundo sexo*?, pienso.

—¿Más importante que el cerebro, doctor? ¿Por qué?

—Porque ahí se concentra el centro de su erotismo.

Erotismo. Del griego Eros, el dios del amor, “pulsión de vida”, según Sigmund Freud, ha sido estudiado por grandes filósofos y pensadores como un fenómeno clave de la siquis del ser humano.

Georges Bataille escribió dos tratados ineludibles: *El erotismo* (1957) y *Las lágrimas de Eros* (1961), donde lo presenta como un aspecto de la vida interior o, si se quiere, de la vida religiosa del individuo, sin encadenarlo a la reproducción. Dice el pensador francés: “Toda la operación del erotismo tiene como fin alcanzar al ser en lo más íntimo, hasta el punto del desfallecimiento”. Léase también: aplanamiento, fatiga, decepción, derrota y lasitud. El llamado ineludible de Tánatos, el dios de la muerte. El delirio de la existencia humana revuelto en un orgasmo.

Sergio, que amablemente ha hecho la cola de la cafetería y me ha invitado un cortado, continúa:

—La vida sexual del hombre depende en buena parte de las sensaciones del pene. No nos funciona igual que a las mujeres para quienes el erotismo implica mucho más, donde la suma de lugares que uno puede estimular es más grande.

Anoto, mientras habla, que ha dicho “buena parte”. Debe quedar un remanente. Dejaré la pregunta pendiente.

Un amigo escritor, hábil interpretador de su género, me confidencia sin atisbo de pudor: “La metáfora primaria del hombre es que frente a su miembro erecto haya una mujer arrodillada que se lo sobe como si se tratara de un dios, esperando frente a la gruta a que el milagro se dé, porque la mujer no te ama a ti, ama a tu pico, esa es su religión”.

Diego Maquieira al final de su poema, “Ars Vitae”, precisa:

Éramos serios y semifabulosos
y adorábamos a nuestras esposas
que adoraban el falo y el oro.

Aunque el poeta agrega el oro, metal de alto calibre, en la tensión macho-hembra.

“El hachazo de dios”, no sé si en broma o conmiseración, le llamábamos con mis amigas a nuestra anatomía retraída, solapada entre las piernas, que debíamos mantener, salvo en clases de gimnasia vistiendo esos shorts-calzón ridículos, lo más juntas posible. Varias veces mi papá me mandó a cerrar las piernas mientras él se desplegaba. ¿Qué era lo que tanto le llamaba la atención a E., un compañero de curso al que descubríamos una y otra vez poniendo pequeños espejos bajo nuestros bancos de estudio?

Tan tiernos que son los bebitos que se tiran el pirulín —un juguete, un muñeco, una personita arrurrú, el órgano erótico privilegiado, también le llama Simone de Beauvoir—, pero no tanto las guaguas que ponen a jugar sus dedos ahí en la hendidura.

El falo, en su certidumbre, posee libertades preferentes. Como cuando, en arcos perfectos, alivian el chorro sobre el tronco del árbol y se lo sacuden sin decoro, mientras que una, oculta entre los matorrales, en cuclillas y con la raja al aire, desafiando la pendiente, salpica humillada la tierra. Recuerdo vívida una portada del semanario *The Clinic* en que una mujer moderna y experimentada enseñaba técnicas para mear parada. También recuerdo la cara de Pablo, una mezcla de hastío e indignación, cuando le dije que lo iba a practicar en la ducha.

Un escritor se escudriña el miembro:

Tiene un tallo café con un hongo rosado cuando tiro el pellejo hacia atrás [...] tiene la personalidad de un gato. Le he suplicado que se comporte mejor, que sea menos travieso, o más aún. He obedecido su instinto en asuntos del amor, ignorando el sentido común y he pagado el precio; pero también he aprendido a apreciar que tiene una muy particular forma de inteligencia que hay que escuchar, o será otro el precio a pagar.

Retrato de mi cuerpo, Phillip Lopate

Una poeta le dedica una oda:

Alguien me dijo que lo que escribo
sobre los hombres es cosificación. Así que te pregunto,
Oh idea general del pene, ¿te importa
que te lo dijera? Tú que te yergues en la mente
—erecto o no, joven o viejo—
en todas tus representaciones, oh principio
abstracto, ¿no has esperado tal vez
tu turno para ser alabado? Creo
que eres encantador y valiente y muy interesante, eres
como una criatura, con tu cabeza, tronco,
como si tuvieras vida por ti mismo. Pero eres
inocente, no eres tu propio hombre,
no eres responsable de tus actos

“Oda al pene”, Sharon Olds

Esa tarde de sábado, a fines de los ochenta, cuando con unos primos y mi hermano chico nos encerramos a vencer el aburrimiento en su pieza perfumada a calcetín, alguna intuición me llevó a pedir ir de última y así intentar zafar del juego. Yo era la única mujer, mi cuerpo de entonces era una tabla cubierta de piel y el desafío era caminar sin ropa por una pasarela imaginaria. Expectante, echada en un rincón, esperé a que los demás debutaran. La sorpresa la dio el mayor del grupo, cuando en un acto de magia hizo funcionar el sistema hidráulico y “¡el tiburón, el tiburón!”, tiene que haber escuchado también mi mamá cuando decidió entrar y lo pilló con el pirigüín convertido en escualo.

Su grito histérico y el tirón de brazo con que me sacó de la pieza no me importaron. Nada me quitaba mi primera y fascinante experiencia con una erección.

(Tengo que confesar que antes de eso había observado de cerca el arrugado e inofensivo penecito de otro primo, cuando, después de ir al baño se le atascó en el cierre metálico del pantalón. Por respeto a él no ahondaré en tan cruel y dolorosa experiencia infantil, que gracias a una lata de aceite de oliva español y a las avezadas manos de la empleada, tuvo un final feliz).

El órgano mágico era sagrado en el antiguo Egipto. El dios Atum, mediante su solitaria masturbación y eyaculación, era considerado creador de la vida, de lo mortal y lo divino. “Mi puño se convirtió en mi esposa. Copulé con mi mano”, se lee en los jeroglifos encontrados al interior de las pirámides. La impotencia, en cambio, era vinculada a la derrota. En la guerra, los egipcios no solo mataban, también les rebanaban el pene a sus enemigos.

En la antigua Grecia también se le rendía culto al falo, pero como una medida de la proximidad con dios, la inteligencia sagrada y con cierta “locura divina”. Pero, a diferencia de los hombres de hoy (y algunas mujeres también), no estaban obsesionados con el tamaño. Por el contrario, por sus estrictos estándares de belleza y armonía, los representaban pequeños y delgados, como los que lucían los adolescentes que se ejercitaban desnudos en el gimnasio.

Gymnos, raíz de la palabra, significa desnudez, y *gymnasium* es el lugar donde ir desnudo. Ahí, se le rendía culto al cuerpo, la musculatura, la fuerza y lo bélico. Salvo la completa desnudez, nada de eso ha cambiado mucho: los gimnasios y los centros de entrenamiento de box o los dojos de karate de hoy se llenan de jóvenes y no tanto que sudan y trabajan músculos para guerras imaginarias. En la antigua Grecia, eso sí, no podían mostrar el glande, por obsceno y antiestético y, en el gimnasio, los circuncidados debían tirar del prepucio y ajustarlo con una fíbula para esconderlo.

Pero el gimnasio de los griegos antiguos era también el lugar para otras prácticas turbadoras e inaceptables en las sociedades modernas. Explica David M. Friedman en su libro *Con mentalidad propia: Historia cultural del pene*, que la pederastia era un rito común y aceptado en la iniciación de los jóvenes para convertirse en hombres. Las virtudes de la masculinidad, el coraje, la fuerza, la ecuanimidad y la honestidad se traspasaban con el semen del “mentor” al joven sodomizado. Mediante el pene, sin la mujer, los griegos hacían “nacer” a otros hombres.

Para los romanos, en cambio, la sodomía no estaba en el repertorio de valores masculinos: un hombre romano penetra, pero si es penetrado deja de ser hombre. Para proteger a sus niños de

la pedofilia, les colgaban una *bullia* en el cuello, un amuleto en cuyo interior, en estos casos, había una réplica de un pene erecto, llamado *fascinum*. Ese talismán fálico marcaba los límites intraspasables: el tabú.

Pero el tamaño del pene, símbolo del poder hecho carne, sí importaba a los romanos, tanto que algunos generales promovían a sus soldados dependiendo de la longitud del miembro. Era también el símbolo de la perpetuidad de la raza y la primera eyacuación de los jóvenes se celebraba con un feriado, la *Liberalia*. El pene romano era un instrumento de trabajo al servicio del César.

Hay anécdotas modernas que ilustran la conexión bélica del falo. Cuenta Friedman que en la Primera Guerra Mundial, el primer ministro italiano Vittorio Emanuele Orlando usó una pulsera con un *fascinum* (que también significa encantamiento, hechizo, embrujo, el lenguaje operando) como amuleto para asegurar la victoria de los Aliados.

Décadas más tarde, en un encuentro *off the record* entre el presidente estadounidense Lyndon Johnson y un grupo de reporteros que lo presionaban para que explicara por qué los Estados Unidos seguía en vano peleando en Vietnam, frustrado por no poder convencerlos con su razonamiento político, se bajó el cierre del pantalón, sacó su pene y dijo: “¡Por esto!”.

Me abracé una vez de brazos y piernas, como un koala, a un enorme pene erecto. Llevábamos con Pablo varios días en la cabaña que habíamos arrendado para unas vacaciones en Rapa Nui, cuando nos dimos cuenta de que el pilar mayor que sostenía la estructura, erigido justo frente a nuestra cama, era un gran falo de madera pulcramente tallado con su glande, venas y minucias. Nos dio, por supuesto, un ataque de risa.

Aparentemente no existe culto al falo en los pueblos originarios chilenos, salvo los rapanui, con sus imponentes y misteriosos moai, figuras monolíticas de rasgos humanoides tallados en piedra volcánica. Aunque no les llamaría chilenos a los habitantes de esa isla polinésica anexada al territorio continental en 1888.

El nombre moai está mal escrito, me dice el arqueólogo radicado en la isla, Edmundo Edwards. La forma correcta es *mo'ai*, la unión de dos palabras: *mo* que significa “para” y *ai*, “copular o fertilizar”. Las estatuas una vez erigidas llevaban el nombre del jefe del linaje que representaban.

—¿En la vida moderna siguen rindiéndole culto a lo fálico? — le pregunto después de relatarle mi experiencia con el pene-pilar.

—Para nada, no existe nada; si hubo algo lo narraron los misioneros, ahora les da vergüenza hasta mencionarlo. Solo algunos talladores esculpen figuras con un falo grande, pero eso es una moda, desde que vieron al indio pícaro.

Así, llegamos hasta esta figura de madera que como la peste se esparce en las ferias artesanales entre los surtidos de baratijas chinas. Es un muñeco de talladura tosca, una mezcla entre *sious* y mapuche de sonrisa dentada que al levantarlo, inesperado, emerge un pene erecto. No hay detrás del mono señal alguna de fecundidad, ni apología al poder, ni símbolo cultural. Su utilidad está en sorprender, robar una sonrisa y ojalá unos dólares a los incautos turistas que pasean por los pasillos fragantes a incienso y sopaipillas.

La cultura que marcó la sexualidad de los chilenos es la del conquistador: la Iglesia católica dirigida por sacerdotes, todos hombres que reniegan, mientras flota en la anchura de las sotanas, del pene y sus gracias. Le rinden culto a Jesús, hijo de Dios, que nació sin pistoneo ni semen mediante, “concebido por obra y gracia del Espíritu Santo”, se recita como mantra en el Credo. Donde la verdadera libertad la consiguen despojándose del deseo. Un fracaso permanente según se lee en la copiosa crónica roja vaticana.

Yo no fui a un colegio católico, sino que a uno inglés, mixto y muy laico, demasiado; quizás para mi papá que se había convertido del protestantismo al catolicismo y decía que creía en la Virgen María y en Adán y Eva —y digo “decía que creía” porque no logro convencerme de que el mismo inglés divorciado de cuarenta y tres años que dejó embarazada a una mujer veinte años menor la misma noche que la conoció en una de esas locas fiestas en plena dictadura de Pinochet (a los nueve meses nací yo)—, creyera en esas beaterías. Más de alguna vergüenza me hizo pasar. Aún recuerdo las risas de mis compañeros y la cara de espanto del profesor de

ciencias naturales mientras explicaba con espermios y óvulos la fecundación humana, cuando pregunté: “¿Y cómo Adán y Eva?”. Creo que ahí se sembró en mí el germen del escepticismo. Lo odié un poco, pero se reivindicó un par de años más tarde cuando cumplí trece y me regaló el estupendo libro *Woman to Woman*, de la doctora Miriam Stoppard, que respondía todas las dudas de la sexualidad y la salud de las mujeres. Así, mediante el elusivo método inglés, zafaba de la “conversación”. También encontré entre sus libros un ejemplar de 1977 de *Baby & Child Care* del doctor Spock. En la primera página escribió: *For little Sabine*.

En mi colegio el género no era tema, salvo que las mujeres usábamos falda y ellos pantalones. No se hablaba de vírgenes impregnadas por ángeles ni había curas metiches rondando los pasillos, olfateando algún pecado sucio. De hecho, el cura que celebró la primera comunión de los que eran católicos, colgó la sotana por una mujer y el profesor de religión dejó embarazada a una alumna.

Sabíamos cómo se hacían las guaguas; recuerdo una fecundación *in vitro* hecha en el laboratorio, con espermios y óvulos de unas lenguas de erizo negro que recogimos en el mar. También había un feto en perfecta conservación dentro de un frasco de vidrio y en octavo básico, con la ayuda de un tubo de ensayo, el profesor de biología nos enseñó a poner un condón.

En los paseos a la montaña, que dirigía el rector, un señor inglés con gusto por la aventura, recuerdo haber dormido en una carpa con hombres, no era tema. Todas las mujeres sabíamos quién era el que la largaba más lejos cuando jugaban a correrse en el camarín, que quedaba en un subterráneo y tenía una pequeña ventana que daba al patio al nivel de los pies, por la que, con mi amiga Rosario, espiábamos por el vidrio empañado a los de cuarto medio cuando se duchaban. Vaya a saber una por qué el camarín de hombres no tenía cortinas.

En las fiestas de séptimo básico bailábamos lentos bien apretados, boca en cuello, sin escape, con baladas de Poison, Metallica y Kiss. Fumábamos cigarrillos.

Sospecho que nada de eso hubo en la estricta educación escolar de Sergio, el urólogo, que fue a un colegio de hombres conservador y religioso donde, en cambio, sí aprendió mucho de san Agustín de Hipona.

—San Agustín nos cagó —cuenta—. Nos cagó cambiando la cultura sexual judía por la católica. Los judíos tienen la obligación de tener relaciones porque es un pueblo que se quiere perpetuar y, aunque tengan atados y sean enredados, la sexualidad judía es activa, es parte del concepto. En cambio, san Agustín, un tipo atormentado por lo caliente que era, que luchó toda su vida en contra de su propio deseo, porque, además, se obligaba a ser célibe, decidió que la sexualidad era mala. Era tan zafado san Agustín, que su mamá es santa porque rezaba por él, para que el viejo se calmara.

Se le conoce como santa Mónica y es la patrona de las madres, de esas que enrielan a los hijos.

San Agustín, un esclavo de la lujuria, tuvo varias amantes, hasta que su madre le consiguió una mujer para casarse. La elegida tenía apenas doce años y mientras esperaba que la púber, como un higo, madurara para él, Agustín, el hombre turbado que amaba el goce del orgasmo al mismo tiempo que se odiaba a sí mismo, tuvo una epifanía y se convirtió en el gran inquisidor de los placeres de la carne. El relato transformativo está en *Confesiones*, su autobiografía filosófica, que encontré entre los libros de mi papá con varias frases subrayadas.

Para uno de los teólogos más influyentes de la religión católica, el hombre es un sujeto infectado por la lujuria y la Iglesia el médico tratante. El pene es un instrumento del demonio que disemina, con su líquido blanquecino que huele a cloro¹, el pecado original de generación en generación. Si la Virgen María representa lo

1. “No sé si huele a cloro, sacable”, me escribe con control de cambios Felipe Gana, que me ayuda con la corrección del manuscrito. Me río cuando leo la frase resaltada en rojo. Luego me llama por teléfono para insistir en el punto, preocupado por la integridad de mi marido. “No quiero conocer nunca a Pablo, voy a estar buscando el momento para joderlo con el cloro”. “Ok, lo saco”, le digo, “no hay problema”, mientras les pregunto por WhatsApp a unas amigas que a qué huele: a cloro, a amoníaco, a cola fría, a nada, responden rápido. “¿Le pregunto a mi hermano?”, me dice Felipe. Su hermano es urólogo. A cloro, le responde, es el olor típico. Y luego me envía un WhatsApp: “Tenis razón. Cacha”. Y un link donde se especifica: el olor del semen es muchas veces comparado con el olor del cloro y está relacionado con sus componentes, ya que además de los espermatozoides, el semen contiene varios tipos de proteínas, enzimas y minerales. Esta sustancia normalmente tiene un pH alcalino, es decir, superior a siete, que es el mismo tipo del pH del cloro, siendo esta la razón para tener olores semejantes.

puro es precisamente porque no tuvo contacto con él. Ahora, si el pene es de raza negra, predica el santo, se trata de algo mucho más grave y diabólico.

Una bestia fálica.

Primavera en el hemisferio norte. Subo lentamente el caracol del museo Guggenheim en Manhattan para ver la exposición “Implicit Tensions” del fotógrafo Robert Mapplethorpe, con Pablo y mis dos hijas de doce y trece años. Un cartel en la entrada advierte que las fotos expuestas pueden herir sensibilidades. Me detengo a pensar si será conveniente que entren, pero ya las he perdido de vista. Avanzan raudas entre los cuerpos de hombres negros, desnudos, musculosos en posiciones olímpicas con enormes penes erectos, entre unos tulipanes² y unas calas —naturalezas muertas que bajo su lente palpitan calentura—, entre autorretratos, algunos de su rostro de belleza cautivante, rockera, y otros menos inocentes donde se introduce un látigo de cuero por el ano expuesto o bebe la orina de otro hombre. Tampoco veo a mi marido. El pudor hace de esta una experiencia individual. Se puede tomar fotografías, pero nadie parece atreverse.

Me detengo en *Man in Polyester Suit* (1980). Un hombre al que no se le ve el rostro, que no hace nada, que está ahí, vestido con un terno de tela sintética con su gran y oscuro pene semierecto asomado por fuera del cierre del pantalón. Siento como Mapplethorpe juega conmigo. Con lo que es atractivo y al mismo tiempo intimidante, con la fascinación y el miedo. Esa ambivalencia que se siente frente a la anatomía masculina antes de abandonarse a ella. El virtuosismo obsceno de sus fotos, una mezcla de arte,

2. “Mi relación con los tulipanes es inherentemente lynchiana. Creo que son repugnantes. Solo imagina, ¿no son una especie de *vagina dentata*, vaginas dentadas que amenazan con tragarte? Creo que las flores son intrínsecamente repugnantes. ¿La gente estará consciente de lo horrible que son estas flores? Básicamente son una invitación abierta a todos los insectos y abejas, ‘ven y fóllame’. Creo que las flores deberían estar prohibidas para los niños”. Slavoj Žižek en el documental *The Pervert’s Guide to Cinema*.

erotismo y fetiche, sacude la delicada moral americana. Y la propia, no tan delicada, pero igualmente existente.

—¿Qué opinaron de la exposición? —les pregunto a mis hijas, haciéndome la moderna, cuando bajamos el caracol del museo.

—Ordinaria —dicen a dos voces.

Con Pablo nos quedamos mirando. “Al menos no les van a venir con cuentos”, le digo y cruzamos hacia el Central Park, al edificio de la Biblioteca Pública de Nueva York donde celebran los doscientos años del nacimiento de Walt Whitman, el gran poeta americano, autor de *Hojas de hierba*, donde en los versos de “Spontaneous Me”, un poema sobre la masturbación, metaforiza con “el pulgar fálico del amor”.

Picos por todas partes.

Algo como un viento, un aire, un espíritu, creían los hombres medievales se les colaba en el sexo cuando se endurecía. Después de presenciar la muerte pública de un hombre en la horca, estos suelen tener erecciones *post mortem*; Leonardo da Vinci supo que no era así. Da Vinci, que cuando no estaba pintando a la señora Giocondo, se sumergía en la insalubre morgue del hospital de Florencia a disecar cadáveres, abrió el pene del ajusticiado. Era duro, denso y estaba henchido de sangre, dándole las primeras luces sobre la mecánica de la erección. “Si algún adversario dice que un aire causó este agrandamiento y dureza, como en una pelota con la que se juega, yo le digo que tal aire no da ni peso ni dureza”, escribió en sus diarios el maestro renacentista, que con sus ilustraciones y estudios anatómicos levantó el velo religioso que hasta entonces cubría el cuerpo humano.

Lo que se sabe hoy: el pene es un órgano mecánico que tiene dos cámaras o cilindros esponjosos, los cuerpos cavernosos que, cuando sus músculos se relajan, gracias al deseo o la estimulación sensorial, se llenan de sangre dándole cierta turgencia. La dureza que necesita para introducirse con éxito en la vagina se logra

cuando el flujo de sangre, como en una represa, queda atrapado en él. No hay otro órgano en el cuerpo humano que logre esa peculiaridad hidráulica.

El florentino anota sus observaciones: “A veces el hombre está dormido y este está despierto. Y muchas veces el hombre está despierto y este está dormido”.

Lo que se sabe hoy: en ausencia de deseo o estimulación sensorial, cada noche, mientras duerme, un hombre tiene al menos tres erecciones involuntarias y potentes de media hora cada una. Noventa minutos de tumescencia para oxigenarse el miembro, que en estado flácido apenas satura entre 45 % y 50 %, mientras que el resto del cuerpo satura entre 98 % y 99 %.

Sin esas erecciones nocturnas, el pene se va fibrosando, muriendo.

Si el pijama amanece encumbrado, entonces, es por estrictas razones de salud.

(Le pido el más sincero perdón a Pablo. Hasta ahora no sabía que era completamente inocente de esos raptos de calentura nocturna, y de esos obstinados y a veces irritantes toponcitos madrugadores en mi espalda. Yo, mala mujer, creía que se aprovechaba de mi somnolencia para robarme un polvo, sin esa negociación, ese tira y afloja que una tanto disfruta).

—Sucedee mucho —me dice Jorge, mi amigo— que en esos amaneceres que se vislumbran tan prometedores, te den la espalda como diciendo: “No huevís más”.

—¿Y qué se hace?

—La paja —contesta directamente—. Es que es algo muy físico, a veces te despiertas muy caliente y te tienes que desahogar.

“El camión con sandías se descarga a mano”, reza el dicho que oí hace poco.

—Tienes cuarenta y seis, estás casado y siempre te he escuchado decir que llevas una vida sexual activa y placentera —le digo intrigada.

—Sí, pero yo tiraría todos los días, quizás es parte de mi hiperkinesia o ansiedad, y dado que no tiro todo que quisiera, tengo que reemplazarlo por algo. Cualquiera que te diga que no lo hace

es un mentiroso; unos más, otros menos, pero todos lo hacen. Te aseguro que tu “caramelo” también.

—No sé, ah.

Jorge se ríe.

—¿Cómo lo sabes? —insisto.

—Uno lo habla con los amigos. Te ríes del tema. Típico chat de hombres, alguien manda algo porno y dicen le voy a dedicar una “duchaja”.

—¿En la ducha?

—Es fácil. Estás encerrado, nadie te huevea.

—¿En qué se piensa?

—Siempre te imaginas tirando.

—¿Cuántas veces a la semana?

—Yo soy bien pajero. Dos o tres.

—¿Dónde?

—En la cama, casi siempre.

—Cochino.

—No me limpio con las sábanas.

—¿Te han pillado?

—Un par de veces y se caga de la risa, me agarra pa'l hueveo. Mira —dice Jorge—, o andas poniendo el gorro o pagando servicios, y como ninguna de esas es una opción para mí, me pajeo. La paja no tiene riesgos, ni problemas morales, ni te deja en la banca rota. Es un sucedáneo que sirve para liberar tensiones, bajar la ansiedad, incluso como somnífero cuando no te puedes quedar dormido. Y es rico.

—Y es más rápido, también.

—Puedes hacerlo muy rápido o puedes extenderla todo lo que quieras. Igual es rico estar al límite. La mejor parte es cuando estás a punto, y si eso lo puedes extender... Además, sirve como entrenamiento.

—Te evitas los rodeos.

—Los rodeos son la parte más entretenida, pero cuando rebotas, rebotas, no hay que ser un genio. La paja es una fiel compañera, nunca te dice que no y, hay que decirlo: que te hagan una buena paja es mejor que un mal polvo.

—¿Te gusta porque el control no lo tienes tú? —le pregunto buscando razones.

—Exactamente.

—¿Es rico no tener la responsabilidad?

—Es que igual es una presión, y si no lo logro soy penca, entonces, cuando te la hacen es un relajo, como un regalo.